

bres y usos del país y ganarse el afecto de los habitantes.

No menos hábil y afortunado en su empresa que los anteriores fué otro magnate territorial, sobrino de Dándolo, el caballero veneciano Marcos Sanuto. Había sido alcalde ó juez de la colonia veneciana en Constantinopla, donde había reunido, á excitación del gobierno de la república, en 1206, un número de nobles italianos, arrojados y deseosos de aventuras productivas, con los cuales se embarcó para conquistar las islas del Mar Egeo. Aquel mismo año apoderóse de 17 islas, y al año siguiente ocupó la opulenta Naxos, donde estableció su residencia, repartiendo las otras entre sus caballeros á título de feudos. Este nuevo Estado y los dos anteriores fueron los tres mas sólidos que los conquistadores occidentales fundaron en territorio griego, y cuyos soberanos eran á la vez los vasallos mas fieles al trono imperial franco de Constantinopla. Estos y muchos otros tomaron parte en el parlamento de Ravenica en el año 1210 y renovaron al emperador su pleito homenaje. Sanuto fué agraciado con el título de duque de Dodecaneso y con la soberanía sobre todo el archipiélago griego.

El emperador Enrique pudo, pues, considerar satisfactorio el resultado de su expedición en lo relativo á los asuntos políticos, pero en los eclesiásticos la introducción del culto latino había creado una confusión tan grande, especialmente en el reino de Tesalia, que hubo necesidad de contentarse con un arreglo interino, sancionado por el papa en 21 de diciembre de 1210. Este arreglo conciliaba mas ó menos las pretensiones de la Iglesia y las secularizaciones consumadas por los poderes civiles; garantizaba al patriarca de Constantinopla, como delegado del papa, sus derechos especiales; eximia á todas las iglesias y conventos de servidumbres y gabelas; y en cambio obligaba al clero griego y latino á pagar la contribución territorial al gobierno bizantino por los feudos que poseían, y á los hijos no ordenados de los sacerdotes griegos á prestar los servicios debidos al señor del territorio.

El empeño de someter desde luego la Iglesia griega á la autoridad del papa creó ya por sí solo un abismo entre el pueblo bizantino y sus dueños occidentales; mas para mayor confusión la sede romana nombró arzobispos latinos que jamás pudieron entenderse con sus sufragáneos y dependientes eclesiásticos y civiles griegos, y para colmo de complicaciones los conquistadores francos se apoderaron de todos los bienes eclesiásticos que luego se disputaron los magnates y señores territoriales, los caballeros templarios y los de San Juan, y los prebendados nuevos del culto romano, dando lugar entre todos ellos á innumerables conflictos odiosísimos. Hasta los conventos del Monte Atos, que desde la invasión de los cruzados se habían puesto como antes bajo la protección inmediata del emperador, habían sido saqueados y despojados de sus bienes por los barones feudales establecidos en Grecia, durante el conflicto entre el emperador Enrique y Biandrate; y estos y otros establecimientos reclamaban los bienes de que les habían despojado los señores en cuyos territorios radicaban, y el diezmo que nadie les quería pagar. Todo esto hacía la posición del emperador Enrique muy difícil, porque no había otro medio hábil de arreglarlo, siquiera medianamente, sino el citado compromiso con la Santa Sede del 27 de diciembre del año 1210. Sin embargo, este convenio dejó al emperador mas tiempo y libertad de movimientos para dirigir su energía juvenil á vencer otras dificultades mayores y que se reproducían sin cesar. Había desaparecido de la escena el feroz czar búlgaro; pero quedaba Teodoro Láscaris que no desperdiciaba circunstancia alguna que pudiera utilizar para impedir la consolidación del poder de los occidentales en el territorio bizantino, cuyos habitantes esta-

ban siempre prontos á cooperar á todo cuanto podía perjudicar á los odiados extranjeros.

Durante el armisticio, Láscaris, á ejemplo del emperador Enrique, había aumentado también su poder. Cuando el armisticio concluyó en el verano del año 1209, admitido había Enrique una alianza con el sultán de Iconio que acababa entonces de firmar un tratado de comercio con la república de Venecia; pero esto no impidió que Láscaris pasara de la defensiva á la ofensiva y derrotara é hiciera prisionero á fines del mismo año al terrible Pedro Bracheuil que murió miserablemente á manos de los bizantinos furiosos. Láscaris trabajó también para atacar á Constantinopla por mar, y ocupar las fuerzas de Enrique por tierra por medio de sus aliados en la península balcánica, los príncipes Miguel de Epiro, Strez ó Stresa de Prosek y el rey búlgaro Boris; pero los francos, con el auxilio del versátil Miguel Angel Comneno, destruyeron la hueste de Stresa en mayo de 1211 en Pelagonia. Poco después murió Stresa en una expedición contra los servios á manos de su propia gente.

En 1210 el sultán de Iconio y Alejo III emprendieron la lucha contra Teodoro Láscaris; pero este entonces había reforzado su ejército con unos 800 aventureros francos atraídos por sus liberalidades; y á principios del verano de 1211 en una batalla mortífera, bien que á costa de grandes pérdidas, pudo derrotar completamente á los turcos, que habían atacado á Antioquía, á orillas del Meandro. Teodoro mismo mató al sultán en la pelea; Alejo III y el príncipe Manuel fueron hechos prisioneros; el primero fué obligado á hacerse monje en el convento de San Jacinto de Nicea, donde permaneció hasta su muerte; Miguel murió en 1212 y el hijo y sucesor del sultán, Azedin Caicans I, tuvo que ceder á los bizantinos en el tratado de paz una gran extensión de la costa asiática.

Con esto se aumentó tan considerablemente el poder de Láscaris, que decidió echarse con todas sus fuerzas sobre los invasores occidentales; pero el emperador Enrique se trasladó con gran número de combatientes al Asia para salvar á Pegas, y en todas partes cedieron los bizantinos á su terrible empuje. Al fin exasperados de las depreaciones y exacciones de los francos, indujeron á Láscaris á arriesgar, contra su voluntad, una batalla campal que ocurrió en 15 de octubre de 1211 á orillas del Luparco, y que acabó en una gran derrota de los bizantinos. Esta derrota unida á otra que sufrieron los búlgaros en Europa, facilitó al emperador Enrique el avance en 1212 por el Asia Menor hasta mas allá de Pérgamo hacia Ninfea. En Lentiana encontró una resistencia tan tenaz que perdió cuarenta días delante de esta plaza fuerte, en cuyo tiempo estrechó Láscaris á David Comneno en el Norte, dejándole reducido al principado de Sínope entre el cabo Carambis y el río Halis. Enrique tomó á Lentiana; hizo decapitar á los jefes de la guarnición, probablemente para vengar la muerte de Bracheuil, y después aceptó los ofrecimientos de paz que le hizo su adversario. Los francos se quedaron con la Bitinia, y un territorio considerable desde los Dardanelos hasta Camina (Cane) y Calamos; cuyo gobierno encargaron á un bizantino llamado Jorge Teofilópulo, conservando solamente en Pegas una guarnición franca.

Con esta paz no quedó resuelto el problema de la resurrección del imperio bizantino; porque el poder del emperador franco era muy grande y tanto mas temible cuanto que podía en adelante trabajar energicamente en su consolidación, aunque lo mismo hiciera Láscaris, no siempre con éxito como cuando creyó tener de su parte el Epiro. Un hermano de Miguel Angel Comneno, príncipe soberano del Epiro, llamado Teodoro, había vivido largo tiempo en la corte de Láscaris y jurado á este solemnemente fidelidad perpetua

cualesquiera que fueran los sucesos que sobreviniesen. Su hermano Miguel le nombró después gobernador de Corinto, cuando heredó en 1208 esta importante plaza de Sguros, y cuando Miguel murió en 1214 en Berat asesinado por un criado suyo y solo dejó un hijo de menor edad, apoderóse el tío del gobierno de Epiro, y desde entonces no pensó ya siquiera en cumplir su juramento.

Si Láscaris se llevó chasco con Teodoro Angelos, no sucedió lo mismo con su chambelán mayor, Juan Ducas Vataces, natural de Didimoteo, al cual casó en 1212 con su hija Irene.

Juan Ducas, tan excelente general como buen gobernante y hombre de Estado, se dedicó completamente al servicio de su suegro, prestandole inapreciables servicios en la guerra con los turcos de Iconio cuyo sultán Caicans, hombre jóven, ambicioso y de grandes dotes, ardía en deseos de vengar la derrota y muerte de su predecesor. Este sultán de Iconio era amigo de los occidentales y muchos de ellos servían en sus filas. No tuvo éxito en sus empresas contra Láscaris, pero venció en cambio á los dos hermanos Comnenos quitándoles en 1214 la capital Sínope en cuya defensa murió David. Alejo, hermano de este último, rechazó victoriosamente con el auxilio de las tropas georgianas todos los ataques de los turcos á Trebisonda; mas para conservar esta opulenta plaza mercantil, columna de su Estado, tuvo que reconocerse tributario del sultán y obligarse á auxiliarse en caso necesario con contingentes armados. Su territorio quedó limitado á la costa del Mar Negro comprendida entre los ríos Termodonte y Fasis, de suerte que cesó de ser peligroso á Láscaris, el cual fué aumentando paso á paso su poder. Así cuando el audaz Marcos Sanuto, duque de Dodecaneso, dirigió sus armas contra Esmirna en la costa asiática, Láscaris le derrotó por mar, le hizo prisionero y le condujo á Nicea. Allí sin embargo Sanuto supo hacerse tan simpático á Teodoro Láscaris, que éste no solamente le dió libertad, en cambio de la isla de Amorgo y de los territorios que había conquistado en la costa asiática, sino que, según la antigua práctica bizantina, le dió por esposa una jóven de su parentela. Todas estas ventajas eran secundarias para Teodoro Láscaris, porque apenas influían en la situación general; solo á la muerte de su rival el poderoso Enrique, que falleció el 11 de julio de 1216 á la edad de 39 años en Salónica, pudo respirar Láscaris y tener confianza en el buen éxito de su heroica empresa. Hasta entonces sirvióle de mucho la amistad del príncipe armenio Rupen con cuya hija Felipa se había casado al enviudar de su primera esposa Ana Angelos. Felipa le dió un hijo en 1214.

Con bastante buen éxito se había esforzado el emperador Enrique por reconciliar al pueblo bizantino con su gobierno, mostrándose afable y tolerante con los antiguos usos y costumbres, y buscando medios de aminorar la opresión eclesiástica romana; tarea siempre difícil y mucho mas cuando llegó á Constantinopla en 1213 el cardenal obispo Pelagio como legado del papa para realizar definitivamente la fusión de las dos Iglesias, y empleó la fuerza bruta para obligar á los bizantinos y á su clero á reconocer la supremacía del Pontífice de Roma. Mucho consiguió el emperador en favor de sus súbditos que se lo agradecieron sinceramente.

Tampoco descuidó valerse de la costumbre, entonces corriente, de consolidar su posición entrando en parentesco por medio de lazos matrimoniales con la familia ó potencia mas influyente y poderosa, tan luego como se presentó la ocasión favorable.

La subida al trono de Epiro de Teodoro Angelos resultó ser un suceso nada favorable á los Estados creados por los occidentales sobre las ruinas del imperio bizantino. El inte-

ligente y enérgico Teodoro se reveló desde el primer instante como adversario acérrimo y decidido de todos los magnates francos. Con un ejército numeroso formado principalmente de albaneses aguerridos é indómitos, y de válicos feroces y montaraces, empezó á extender su dominio hácia el Norte y Nordeste, apoderándose en poco tiempo de Acrida, Prilep y Pelagonia. Después atrajo á su partido al príncipe Slav de Melenicon, y con esta alianza pudo amenazar simultáneamente al Estado del emperador Enrique, á la Romanía, ó sea la Tracia, y al reino de Tesalia. En esta situación crítica resolvió Enrique ponerse en relaciones amistosas con los búlgaros, cuyo czar Boris II no deseaba otra cosa, porque se veía amenazado por los otros sobrinos de su predecesor que con el auxilio de los rusos se preparaban á expulsarlo de su reino usurpado. A este peligro agregábase el odio de la secta de los bogomiles, entonces muy poderosa en la Bosnia, en Filipópolis, en Constantinopla y sobre todo en la misma Bulgaria, secta á la cual Boris perseguía cruelmente obedeciendo á la resolución tomada en 1211 por un sínodo ortodoxo reunido en Tirnova probablemente á instigación de la curia romana. El emperador Enrique, entonces viudo, creyó en estas circunstancias hacer un buen negocio casándose en segundas nupcias con la hija del czar, la princesa María; pero las esperanzas que las dos cortes habían fundado sobre este matrimonio no se realizaron; porque el conde de Biandrate se había entendido con el marqués Guillermo de Montferrato, hijo también del difunto rey Bonifacio de Tesalia, pero de su primer matrimonio, y de consiguiente hermanastro del jóven rey Demetrio, para suplantarlo á este en el trono de Tesalia. Para salvar los derechos del heredero legítimo y de su madre marchó el emperador á Salónica, donde murió, probablemente de muerte violenta por culpa del intrigante Biandrate en 11 de junio de 1216. Con este héroe, celebrado por los mismos bizantinos como otro dios Marte, se sepultó la última esperanza de consolidar en territorio bizantino un imperio franco.

CAPITULO II

RECOMPOSICION DEL IMPERIO BIZANTINO

Muerto el emperador Enrique, pasaron todavía 45 años antes de que el antiguo pendón bizantino volviera á ondear en las almenas de Constantinopla. Quedaron cuatro potencias demasiado fuertes para permitir que Teodoro Láscaris condujera sus tropas victoriosas á la antigua capital del imperio; potencias cada una de las cuales procuraba extender su dominación por las dilatadas provincias situadas entre el Mar Negro y las costas de Mesenia. Una de estas potencias era la Bulgaria, donde el príncipe Juan Asen II había vencido y luego dejado ciego al czar usurpador Boris en 1218. Juan Asen subió al trono y le ocupó dignamente hasta el año 1241. La segunda potencia era el Epiro, cuyo soberano Teodoro, usurpador también, fué un terrible rival del emperador Teodoro de Nicea. En el Mediodía de la Grecia formaban una tercera potencia respetable los soberanos de Naxos, Atenas y Acaya que cada día robustecieron su poder con creciente buen éxito. Finalmente quedaba como cuarta potencia la república de Venecia, cuyo interés exigía á la sazón la conservación del imperio franco.

Desde la elección del nuevo dux Pedro Ziani, proclamado en 5 de agosto de 1205, había adoptado la república de Venecia una política mas estrecha, pero mas lucrativa que la del arrojado y eminente Dándolo, y sobre todo mas en armonía con los recursos del gobierno. Flexible y condescendiente en puntos secundarios, había formado y eslabonado

sólidamente una línea de estaciones desde el Adriático pasando por Rodas hasta el estrecho de San Jorge, como un cordón marítimo al rededor del nuevo imperio franco; de suerte que no pudo menos de contribuir con todas sus fuerzas á sostenerlo, primero contra los emperadores bizantinos en Nicea y dos siglos despues contra los turcos. Donde menos suerte tuvo Venecia fué en la costa del Adriático; y en Iliria solo consiguió formar en el verano de 1205 el pequeño ducado de Durazzo. Contentóse con que Miguel Angel, soberano del Epiro, que habia hecho de la plaza de Arta su capital, se reconociera feudatario de la república y firmara en 1210 un convenio por el cual concedió á los ciudadanos de Venecia exención de todo impuesto en sus territorios; pero muerto Miguel Angel, su sucesor Teodoro se apoderó del ducado de Durazzo á la fuerza, y luego ocupó las Leucadas y la isla de Corfú, arrebatadas en 1206 por la escuadra veneciana al poderoso pirata Leon Vetrano, y divididas por el gobierno de la república en diez señoríos que habia concedido en feudo á otros tantos nobles.

Mas fortuna tuvo Venecia en la Morea, donde tambien se abstuvo hábilmente de sostener directamente sus pretendidos derechos contra Villehardouin, contentándose con tomar posesion en 1206 de los puertos importantes de Motone y Coron que le fueron cedidos para velar por la seguridad de aquellas aguas.

Alcanzó además de Villehardouin en 1209 que se reconociera feudatario de la república por el principado de Acaya, se hiciera en su consecuencia ciudadano veneciano, y asegurara como tal á sus nuevos conciudadanos exención de todo impuesto, proteccion de personas y bienes, y les concediera donde lo pidiesen en todas las ciudades de su dominio una iglesia, una lonja y un tribunal propio.

Mas sólidamente estableció la república su poderío é influencia en el Mar Egeo, donde los nuevos barones de las islas eran como nobles venecianos sus aliados naturales, y fueron despues á menudo sus protegidos. Allí no faltaron á los hábiles gobernantes de la república asideros para hacer imperar su voluntad sin emplear la fuerza. La riquísima isla de Creta fué desde entonces por muchos siglos la base principal de la preponderancia de la república de las lagunas en Oriente. En 1207 trató de establecerse sólidamente en esta isla; pero los genoveses lo estorbaron, encendiéndose entre ambas repúblicas con este motivo una guerra encarnizada en 1208 que duró diez años. En 1212 pudieron empezar los venecianos á asimilar la isla por medio de la colonizacion dividiéndola en una inmensa red de feudos nobles y plebeyos que fueron cedidos á ciudadanos suyos, reservándose el gobierno solamente la capital y una parte de la costa. Para regir la isla se nombraba un lugarteniente con el título de duque que se renovaba cada dos años, y tenia dos consejeros ó ministros, y dos consejos. Pasaremos por alto la multiplicidad de feudos y las luchas endémicas con los naturales de la isla, porque ninguna influencia tuvieron en la marcha general de los sucesos, ni disminuyeron los beneficios que el comercio sacó de la exuberante riqueza de la isla, punto de escala entonces de todo el movimiento mercantil de los tres continentes antiguos.

Al mismo tiempo el gobierno veneciano procuró establecerse sólidamente en Eubea, punto estratégico importantísimo para el dominio de las aguas griegas. En 1205 Bonifacio de Montferrato, rey de Tesalia, habia dividido la isla en tres feudos principales; pero cuando en 1209 estalló el conflicto entre el emperador Enrique y el conde de Biandrate, el mas poderoso de los tres barones, el veronés Rávano dalle Carceri, se declaró vasallo de la república para apoderarse de toda la isla. Entonces concedió á los venecianos grandes

ventajas, entre otras una parte de la capital, donde instituyeron un juez con dos consejeros como representantes del gobierno de la república con poderes amplios.

Remataban el edificio del poder veneciano en Levante las posiciones que ocupaba la república en los Dardanelos y en el Mar de Mármara, en especial Galópolis, llave del estrecho, y el barrio de la colonia veneciana en Constantinopla que comprendia tres octavas partes de la capital, desde la playa del Cuerno de Oro hasta cerca de las Blaquernas incluso el convento de Pantepoptes y la iglesia del Pantocrator, cuyo lugar ocupa hoy la mezquita que corona la eminencia llamada Seirek. Todo este territorio estaba rodeado de una muralla y protegido por una ciudadela. El gobierno de toda la colonia y de los territorios venecianos en Tracia estaba confiado no ya á un consulado de comercio, sino á un lugarteniente del dux que llevaba el título de podestá, y era á la vez el representante diplomático de la república cerca del emperador y demás soberanos establecidos en el territorio del antiguo imperio bizantino. Con esto quedó sólidamente cimentada la supremacía de Venecia como potencia mercantil en todo el Oriente. Sin su beneplácito no podian ya los soberanos bizantinos ceder ningun privilegio ni ventaja á otra potencia mercantil alguna, y hasta parece que la república redujo el derecho de los emperadores de acuñar moneda á la moneda de bronce. Las de oro eran bizantinas antiguas y venecianas. Si Venecia consintió que el emperador Enrique favoreciera tambien á los pisanos, fué por odio á la república de Génova. Esta última recobró por el tratado de paz celebrado en 1218 con Venecia los privilegios que le habia concedido Alejo III, y mayor proteccion le dispensaron los soberanos de Tesalia y de Atenas; pero todo el comercio con el Mar Negro así como con el Asia Menor y en especial con Iconio estaba en manos de los venecianos que lo dominaban desde Constantinopla como centro de viajes y empresas mercantiles con toda el Asia y el Norte.

Así no es de extrañar que los venecianos, pisanos, genoveses, amalfitanos, anconeses, lombardos, provenzales y catalanes, con algunos mercenarios anglo-sajones y daneses que se habian pasado desde 1204 á los francos, constituyesen una gran parte de la poblacion de la antigua capital, en la cual el elemento griego estaba en exigua minoría.

Con la muerte del emperador Enrique quedó tan resentido todo el edificio político de los francos en el imperio bizantino, que su duracion solo se debió á la desunion que reinaba entre los adversarios naturales de los conquistadores extranjeros, es decir entre los soberanos bizantinos de Nicea en el Asia Menor, de Arta en el Epiro y los czares de Tirnova en Bulgaria. Todos comprendian ya que aquel imperio feudal era un árbol seco, condenado á morir, sin fuerza vital ni menos expansiva. Todavía los soberanos de Naxos, de Tebas y de Morea continuaron algun tiempo pujantes; el esforzado Villehardouin arrancó en 1210 con fuerzas borgoñonas al soberano del Epiro la ciudad y castillo de Corinto; todavia con el auxilio de fuerzas venecianas tomó á Nauplia, y finalmente en 1212 á Argos, de modo que en aquella parte del imperio solo continuaban independientes Monembasia y las tribus montaraces é indómitas del Taigeto; pero aun así el imperio latino se deshacia por momentos.

Los barones nombraron regente en Constantinopla al eminente Cono de Bethune, que gobernó efectivamente con buen acierto hasta el año 1221; pero no fueron capaces de elegir para el puesto del difunto emperador Enrique que no dejó sucesion, otra persona igualmente apta. El rey de Hungría Andrés II, casado con Yolanda de Auxerre, sobrina del difunto emperador, era hombre que no obstante su carácter poco enérgico, se recomendaba por su valor y

además por ser soberano de un gran reino vecino; pero no gustó al papa Honorio III, porque aplazaba continuamente la ejecucion de una cruzada contra los sarracenos que habia prometido. Por tanto en su lugar eligieron los barones al candidato recomendado por el papa, el conde Pedro de Courtenay-Auxerre, nieto del rey Luis el Gordo y suegro del rey de Hungría y de consiguiente cuñado del difunto emperador. Como francés era naturalmente mas simpático que otro candidato á los señores del imperio que le ofrecieron la corona imperial á principios del año 1217. Aceptó el conde y en mayo embarcó su esposa Yolanda en Brindis para la capital de su imperio, mientras él con un imponente ejército de esforzados caballeros y de su respectiva gente de armas, se trasladó en la escuadra veneciana á la costa albanesa, ó sea del Epiro. Allí atacó inmediatamente á Dirraquio para entregar esta plaza á la república de Venecia; pero hubo de desistir, y pasar adelante en direccion de Macedonia. En el camino fué sorprendido por las fuerzas superiores del soberano del Epiro Teodoro, que aniquilaron todo su ejército, y habiendo caído él mismo herido y prisionero, murió de sus heridas sin haber visto su capital.

Su viuda Yolanda gobernó con el auxilio de Bethune el imperio durante algunos años con mucho acierto. Supo entrar en relaciones amistosas con Teodoro Láscaris; y en su viaje por la Morea prometió la mano de su hija Inés á Godofredo, hijo y heredero presunto de Villehardouin, al cual reconoció naturalmente en debida forma por príncipe de Acaya cuando su padre murió á fines del año 1218. En este año supo Yolanda manejarse de suerte que casó otra hija suya, llamada María, con el mismo Láscaris cuando supo que este se habia divorciado de su esposa armenia.

Consecuencia de todo esto fué que el podestá veneciano en Constantinopla, Jacobo Tiepolo, consiguió reanudar negociaciones antiguas y firmar en 1219 un tratado de paz y de comercio por cinco años con Láscaris, por el cual este concedió á los venecianos libertad de comercio, exención de derechos y otras ventajas de importancia en su imperio de Nicea. Por desgracia la emperatriz Yolanda murió á últimos del verano del mismo año, y los barones cometieron la falta imperdonable de elegir para el trono de Constantinopla á Roberto conde de Courtenay-Conches, hijo segundo del difunto emperador electo Pedro de Courtenay-Auxerre, pues su hermano mayor Felipe, marqués de Namur, tuvo el buen tacto de rehusar la corona. Roberto, muy satisfecho de verse emperador, se dió luego á conocer por hombre ignorante, vicioso, sensual, brutal, indolente y cobarde, sin ninguna cualidad de gobierno para llenar siquiera medianamente su difícil puesto. Al principio tuvo la suerte de encontrar la situacion en general tolerable, porque cabalmente entonces el rey Andrés de Hungría, su cuñado, habia casado á su hija María con el czar de Bulgaria, con lo cual se establecieron relaciones amistosas entre las tres cortes; y el nuevo emperador Roberto, cuando en 1220 salió de Francia para ir á Constantinopla, pudo tomar con toda seguridad el camino de tierra por Alemania, Hungría y Bulgaria.

Llegado que hubo á Constantinopla continuó las buenas relaciones con Teodoro Láscaris, el cual le dió á su hija Eudoxia por esposa; pero pronto se oscureció el horizonte político y al Este como al Oeste se aglomeraron negras nubes preñadas de tempestades.

El arrojado y codicioso príncipe del Epiro, Teodoro Angelos, siempre atento y condescendiente con la Sede romana, protectora natural de todos los magnates y señores francos establecidos por derecho de conquista en los antiguos territorios bizantinos, estaba sin embargo decidido á apoderarse del reino de Tesalia, y en julio de 1221 procedió al

ataque. El joven rey Demetrio, hijo del difunto rey Bonifacio, marqués de Montferrato, marchó á Italia para implorar el auxilio de Federico II emperador de Alemania, del cual dependia el marquesado de Montferrato; pero sus súplicas no tuvieron resultado. Tampoco llegaron á tiempo los auxilios que á toda prisa reunió su hermano político Guillermo, el marqués reinante de Montferrato; porque la madre de Demetrio, la reina viuda Margarita, y su ministro de entonces Guido Pallavicini, conde de Bodoniza (territorio situado cerca de las Termópilas), tuvieron que capitular y entregar la capital Salónica al príncipe de Epiro. Este príncipe ocupó toda la Tesalia y extendió sus fronteras hasta cerca de Adrianópolis, Filipópolis y Cristópolis, es decir hasta la Bulgaria, y esta fué la primera victoria importante que los bizantinos ganaron á sus dominadores francos. Si entonces no se derumbó todo el edificio político de los latinos fué por la competencia entre Teodoro Láscaris y Teodoro Angelos de Epiro y de Tesalia. Este último se hizo coronar tambien emperador de Constantinopla en Acria por el arzobispo de aquella ciudad, y luego acuñó monedas con su busto. Nadie podia impedirlo, pues que su competidor nacional, Teodoro Láscaris, estaba en Asia; no contaba con fuerzas para expulsar á los conquistadores de las provincias que todavia tenian ocupadas en aquella parte, y mucho menos podia expulsarlos de la península balcánica, y mientras no pudiera hacerlo, menos podia impedir los actos soberanos de su competidor Teodoro Angelos. Para este tampoco eran temibles ya los dominadores extranjeros, á quienes costaba bastante trabajo sostenerse en los territorios conquistados, y una vez expulsados, estaban imposibilitados de recuperarlos. Buena prueba de esta verdad presentaba la casa de Montferrato, expulsada de su reino de Tesalia por el mismo Teodoro Angelos, y que no solamente no renunció jamás á sus pretendidos derechos, sino que puso en movimiento todos los recursos de que pudo echar mano para reintegrarse en aquel trono, y sin embargo no pudo nunca conseguirlo. Lo mismo pasó á los que heredaron aquellos derechos, como el emperador de Alemania Federico II, al cual los cedió el rey Demetrio que murió en 1227 despues que su pariente el marqués Guillermo de Montferrato, que le habia usurpado el trono, habia muerto ya en 1225. En 1230 volvió á ceder Federico II estos derechos al trono de Tesalia al hijo de este Guillermo, Bonifacio III de Montferrato, y así se fueron trasmitiendo estas pretensiones durante siglos sin la menor esperanza de realizarlas jamás.

En 1222 pasó á mejor vida el esforzado patriota bizantino, el campeon incansable y habilísimo del derruido imperio, Teodoro Láscaris, á la edad de 50 años no cumplidos. Sus restos fueron depositados en el convento de San Jacinto de Nicea, y en seguida Juan Ducas Vataces, su yerno, se encargó del gobierno durante la menor edad del hijo del difunto, Constantino, con el asentimiento general. Juan III Ducas Vetaces, en pericia militar, tenacidad, resolucion y talento diplomático sobrepujaba todavia á su suegro, de lo cual no tardaron en convencerse los dominadores intrusos, cuyo imperio caminaba irremisiblemente á su ocaso, acelerando el fin el miserable gobierno de Roberto Courtenay.

Teodoro Láscaris dejó al morir como fruto de su laboriosa vida un Estado robusto que comprendia las provincias occidentales del Asia Menor desde la Paflagonia hasta el golfo de Jasos en la costa de Caria, y por el lado Sur desde este golfo hasta mas allá de la cuenca del Meandro. Por el lado del Este confinaba con el territorio ocupado por los seldyúcidas, y comprendia las cuencas superiores del Meandro y del Sangario, con las plazas fuertes de Conas, Filomelia, Coticia y Melangena y sus territorios. La capital de este